

Presentación

Francisco Javier González Carrión, SDB
Director

El encargo misionero a su Iglesia por parte del resucitado se encuentra en las conclusiones de los cuatro evangelios, acompañado de la garantía de la asistencia del Espíritu Santo y el nuevo modo de presencia de Jesús entre los suyos todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,16-20; Mc 16,15-20; Lc 24,44-51; Jn 20,19-29). Es, en otras palabras, el anuncio gozoso de que la historia continúa y que ha de reemprenderse el camino sostenidos por la luz y fuerza de la pascua, todos juntos, en la rica complementariedad de los dones y carismas que el Espíritu distribuye como quiere entre los suyos para bien de todo el cuerpo y salvación del mundo. La Iglesia nació con el signo de la “sinodalidad”, ésta constituye su vocación y el indicador más nítido de fidelidad a su Señor.

Una mención especial a propósito de la peculiaridad del acta de nacimiento de la Iglesia, además de Hch 1-2, lo constituye el epílogo del cuarto evangelio, en cuya primera sección, revestida de lenguaje simbólico propio del estilo joánico, se presenta lo característico de su ser y el paradigmático “modo” de cumplir el mandato misionero en la novedad del tiempo postpascual (Jn 21,1-14). Veámoslo brevemente.

La expresión que abre la exposición de la escena es la frase “estaban juntos” (Jn 21,2). Dicha frase es importante porque muestra la continuidad del tema de la unidad que los discípulos habían recobrado a partir de la resurrección de Jesús¹. En efecto, podemos apreciar una coherencia gradual a través de las tres manifestaciones del Resucitado al grupo de los discípulos (cf. Jn 21,14): en la primera manifestación (Jn 20,19-23) que tiene lugar después del anuncio de María Magdalena, se nos dice que “estaban los discípulos” congregados (Jn 20,19), pero luego se nos informará que esta manifestación se efectuó “sin la presencia de Tomás” (Jn 20,24); en la segunda manifestación (Jn 20,24-29), “está Tomás con ellos” (Jn 20,26); finalmente en la tercera manifestación

¹ Cf. H. RIDDERBOS, *The Gospel according to John, A Theological Commentary*, Translated by John Vriend, Grand Rapids 1997, 658-659.

(Jn 21,1-14), se nos refiere como primer dato que “estaban juntos” (Jn 21,2), enfatizando el hecho del “estar juntos” por medio de la mención de Tomás, en segundo lugar de la lista, inmediatamente después de Simón Pedro. La forma habitual de la Iglesia de Jesucristo y del Espíritu es “estar juntos”.

Este significativo aspecto cobra mayor relevancia si se recuerda que expresamente en la prolongada oración que concluye los discursos de despedida, Jesús había pedido explícitamente al Padre el don de la unidad para sus discípulos que quedaban en el mundo: “Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros” (Jn 17,11). Y más adelante añadía: “La gloria que me diste se la he dado a ellos, para que sean uno como nosotros somos uno” (Jn 17,22).

Ahora bien, deseando enfatizar un poco más sobre el sentido de esa unidad implorada para los suyos por Jesús al Padre, citemos a R. Schnackenburg:

Ciertamente que la lista no deja de tener un trasfondo; y desde luego que para los lectores desempeña justamente en este pasaje una función narrativa: mete al círculo terrestre de los discípulos en su horizonte, mostrándoles su importancia permanente después de los sucesos pascuales, mediante una aparición del Resucitado. En este orden de cosas, el número “siete” puede tener un valor simbólico, por ser el número de la plenitud en el pensamiento semítico: el grupo de discípulos representa a la comunidad futura, la Iglesia².

El anonimato de los dos discípulos con quienes se concluye la lista continúa con el hábito del cuarto evangelio de no revelar jamás la identidad del discípulo amado (cf. 1,35; 13,23; 19,26; 20,2.3.8)³. Por lo visto, los redactores del epílogo, fieles a la tradición expresada en el cuerpo del relato evangélico, dejan conscientemente en suspenso la identidad del discípulo amado. Hay aquí una llamada de atención sobre la centralidad del “ser discípulo de Jesús”, por encima de cualquier otra categoría eclesiológica; y un lugar permanentemente abierto para los discípulos de todos los tiempos representados en ese segundo discípulo anónimo que quedó sin especificar; “y, a pesar de ser tantos, no se rompió la red” (Jn 21,11). En la Iglesia de Jesucristo y el Espíritu hay lugar para todos.

2 Cf. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, III, Barcelona 1980, p. 435-436.

3 Cf. F. MOLONEY, *El evangelio de Juan*, Estella 2005, p. 554.

A la mención de los discípulos en el v. 2, sigue la descripción de su primera iniciativa postpascual (Jn 21,3). Comienza con el anuncio de Simón Pedro a sus compañeros: “voy a pescar” y la respuesta de los discípulos de “ir con él”: “también nosotros vamos contigo”. En este sentido, la secuencia entre los capítulos 20 y 21 es sorprendente, pero dicha impresión de sorpresa depende en gran medida de cómo se entienda “la pesca”; la pesca hay que entenderla como metáfora de la misión de Iglesia⁴. De este modo, las expresiones “me voy a pescar” y “vamos nosotros también contigo”, denotan que la Iglesia ha entrado en la complejidad de la vida, de la misión que le ha sido confiada por su Señor. Es notable que Pedro en esta escena aparezca como el vocero indiscutible del grupo de discípulos, a quien se le unen todos los otros sin vacilar. Pero, por otro lado, la respuesta contundente y decidida de los otros discípulos le recuerda a Simón Pedro que la misión no es asunto de una sola persona, sino del conjunto orgánico de todos los discípulos como se dejará ver en el despliegue de la escena que continúa, en donde todos tienen un rol que ejercer, empezando por el resucitado, Simón Pedro, el discípulo amado y los demás discípulos para el éxito de aquella paradigmática primera expedición misionera (Jn 21,4-14)⁵.

Por este motivo, en este número dedicado a la sinodalidad nos hacemos eco de las reflexiones de Gilles Routheir que alerta sobre el peligro de que a fuerza de reclamar la sinodalidad en los buenos y malos tiempos y de convertirla en un eslogan de moda, se deje de percibir que es connatural a la propia Iglesia, que es un carácter esencial, una dimensión constitutiva y una expresión del Evangelio. Lejos de ser una moda, la sinodalidad es una exigencia, pues, por lo que es, la Iglesia está llamada a realizarse desde el principio sinodal y tiene vocación de vivir sinodalmente. No hay que conformarse con el espíritu de la época, sino convertirse, conversión permanente a lo que realmente es⁶.

El presente número recoge las ponencias de la Semana Teológica de 2022 de nuestro Instituto de Teología para Religiosos: “La sinodalidad: historia, presente y futuro en Venezuela y América Latina”. Con dicho número de-

4 La mención de los hijos de Zebedeo en la lista de discípulos que nos presenta el epílogo, habiendo establecido ya el lago de Tiberíades (Jn 21,1) como escenario de la expedición pesquera que tendrá lugar a continuación, puede estar remitiendo, desde una perspectiva tradicional, a la pesca como metáfora de la misión cristiana: “Os haré pescadores de hombres” (Mc 1,17; Mt 4,19).

5 Cf. F. J. GONZÁLEZ, “El desenlace del seguimiento del discípulo amado a la luz de Jn 21,20-24”, *Salmanticensis* 67 (1 - 2020) 35-62; ID., “El desenlace del discipulado de Pedro a la luz de Jn 21,15-19”, *Salmanticensis* 66 (1 -2019) 87-116.

6 ANDRAOS, M, TH.M. COURAU Y C. MENDOZA ÁLVAREZ. “Editorial”. *Concilium* 390 (2 - 2021) 11.

seamos colocar nuestro granito de arena a los aportes que desde todas las latitudes del orbe se están ofreciendo con la esperanza de llegar al Sínodo de la Sinodalidad convocado por el papa Francisco para octubre de 2023 en Roma con un camino recorrido, entrañable, de reflexión conjunta, fraterna, discipular y de alma misionera.

El número abre con la lectio inaugural del año académico 2021-2022 pronunciada por Francisco José Virtuoso, Rector de la UCAB, en el marco de la celebración del V centenario de la conversión de Ignacio de Loyola; sus reflexiones finalizarán con estimulantes implicaciones para la sinodalidad. A continuación, Antonio Teixeira con su ponencia “La sinodalidad en la configuración histórica de la Iglesia en Venezuela en el siglo XX. Elementos para un discernimiento”, nos invita a discernir si no es conveniente hoy en la Iglesia crear espacios de reflexión distintos, dar espacios según los intereses, y llegar a los espacios conjuntos con un camino y un trabajo ya andado y enriquecido, como aconteció en la celebración del Concilio Plenario de Venezuela.

Por su parte, Pedro Trigo, “La sinodalidad en la Iglesia Latinoamericana que recibió el Concilio con fidelidad creativa”, nos recuerda que desde la sinodalidad básica, que busca instaurar la fraternidad de los hijos e hijas de Dios, viene el compartir, la deliberación constante para discernir acertadamente y la toma conjunta de decisiones y la corresponsabilidad en su ejecución, desde el don y el oficio a que cada quien ha sido llamado para el bien del conjunto.

Eloy Rivas y Alejandro Vera, cada uno desde su respectiva competencia, ofrecerán un sugerente aporte al fundamento filosófico (Rivas) y bíblico (Vera) de la sinodalidad: “Individualidad humana y convivencia social: Aportes filosóficos a la reflexión sobre la sinodalidad”, “*Synodia* en Lc 2,44 y la sinodalidad”.

Néstor Briceño, por su parte, intentando buscar ya la síntesis de las ponencias de la Trigésimo Octava Semana Teológica del ITER pone a nuestra consideración su contribución desde el campo de la espiritualidad cristiana: “Espiritualidad sinodal: camino de esperanza”.

Finalmente, Manuel Lagos y la pareja de esposos investigadores en el campo de las ciencias sociales, Mirla Pérez y Alexander Campos, concretizan las resonancias e inquietudes que han brotado de las exposiciones anteriores: uno, en el ámbito de la promoción de la “Cultura del Buen Trato y Prevención de Abusos en la Iglesia”, y los otros, en el contexto cultural-político venezolano: “Estructuras anti-sinodales y abusos en la Iglesia”, “Discernimiento de la sinodalidad en el contexto cultural y político venezolano”.